

# EL POBLADO DE SANTA CATALINA DEL MONTE: UNA APROXIMACION A LA URBANISTICA DEL S. VI A. C. EN EL AMBITO TERRITORIAL DEL EJE SEGURA-GUADALENTIN

M. MILAGROSA ROS SALA

El poblado con cuyo estudio parcial queremos rendir homenaje al malogrado profesor Nieto Gallo se encuentra en el centro del interesante complejo arqueológico de El Verdolay (La Alberca, Murcia) que incluye la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro, a cuya excavación estuvo profundamente ligada una parte de su actividad profesional desde 1936 (1).

Al Este de esta necrópolis Ibérica, de los siglos IV al II a. de C., en el cerro conocido como Santa Catalina del Monte, se sitúa el poblado que desde época Campaniforme hasta tiempos medievales se erige en núcleo central de todo el conjunto arqueológico. Al Noroeste del poblado y sobre una altura mayor se ubicó el santuario Ibérico, identificado genéricamente como Santuario Ibérico de la Luz por su proximidad al Eremitorio de dicho nombre, que fuera excavado por el Prof. Mergelina en 1924 (2) y objeto de numerosos estudios posteriores por parte de diferentes investigadores (3), a raíz de hallazgos más o menos fortuitos realizados hasta nuestros días.

Las primeras excavaciones sistemáticas realizadas en el poblado se llevaron a cabo en noviembre de 1976 por parte de un equipo del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, siendo sondeada en aquella ocasión la ladera Norte del yacimiento, aunque no se profundizó más allá

(1) Nieto Gallo, G.: «Noticia de las excavaciones realizadas en la necrópolis del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)». B.S.A.A. Valladolid, VI, 1940, págs. 137 y ss.; IX, 1943, págs. 141 y ss.; X, 1944, págs. 165 y ss.

Idem: «La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)». Crónica del III C.A.S.E., Murcia, 1947, págs. 176 y ss.

(2) de Mergelina Luna, C.: «El santuario hispano de la Sierra de Murcia. Memorias de las excavaciones en el eremitorio de Nuestra Señora de la Luz». Mem. J.S.E.A. 77, Madrid, 1926.

(3) Jorge Aragoneses, M.: «La badila ritual ibérica de la Luz (Murcia) y la topografía arqueológica de aquella zona según los últimos descubrimientos. A.U.M. XXVI, 2 (Fil. y Letras). Murcia 1968, con numerosas referencias a la bibliografía anterior a 1968 sobre este complejo arqueológico.

Lillo Carpio, P. A.: «Lancero ibérico de la Luz (Murcia)». La Baja de la Cultura Ibérica. Asoc. Española de Amigos de la Arqueología. Madrid, 1979, págs. 305-308.

Lechuga Galindo, M.: «El tesorillo de Victoriatos de Santa Catalina del Monte (Verdolay, Murcia)». Acta Numismática 14, págs. 91 y ss., Barcelona, 1984.



de 1,40 metros en el Corte D y de 0,78 metros en el M., mientras que los restantes cortes planteados no se continuaron por considerar que su estratigrafía original estaba fuertemente alterada (4). Posteriormente, en 1984, y ante la inexplicable demanda de construcción de dos viviendas en esta ladera del cerro, que para entonces ya había sido declarado Monumento Histórico Artístico, realizamos, durante 2 meses y junto con un equipo de licenciados de la Universidad de Murcia, una campaña de excavaciones de urgencia que se mantuvo sin interrupción durante los meses de mayo y junio de 1985 en la mencionada ladera Norte, única área del poblado que se conservaba en mejor estado (5).

Los hallazgos de superficie, así como los procedentes de las excavaciones sistemáticas hasta ahora practicadas indican, efectivamente, una ocupación continuada del Cerro de Santa Catalina y su entorno más inmediato, al menos desde una fase Campaniforme (6) hasta época medieval en la cual se levanta, sobre la cumbre, el Castillo del mismo nombre y al que debió corresponder un intenso poblamiento que ocuparía la meseta situada a media ladera se la vertiente Oeste del Cerro. Ya en el siglo XIV se levanta, a los pies del monte, el primer convento que la orden de PP. Franciscanos ha conservado, tras sucesivas destrucciones y reconstrucciones, hasta nuestros días (7).

A esta continuidad del hábitat no debió estar ajena la estratégica situación geoeconómica que ofrece el yacimiento. Asentado en uno de los cerros de altura media (195 mts.) que forman las estribaciones de la Sierra de la Cresta del Gallo en su vertiente Norte, a menos de 2 Kms. del cauce del río Guadalentín en cuya margen derecha se sitúa, domina, hacia el Norte la vega Baja del Segura, al Oeste la confluencia de este último río con el Guadalentín, y hacia el Sur la cuenca baja y media del Guadalentín.

Pero además del dominio visual del importante eje de comunicación que suponen ambos valles y que fue una de las claves de los cambios socioculturales que se fueron produciendo en el poblado durante su larga ocupación, Santa Catalina del Monte tuvo una marcada estrategia económica en su situación. Efectivamente, además de tener en las tierras bajas de la Vega un importante recurso ganadero y fundamentalmente agrícola, de cuya intensa explotación dan cuenta las numerosas piedras de molino y hojas de hoz de sílex halladas en la excavación, o el potencial ganadero y cinegético que permiten desarrollar los bosques de su entorno montañoso, el poblado cuenta en sus cercanías con el área rica en afloramientos de minerales cupríferos conocida como El Cerrillar cuyo trabajo ha quedado asimismo

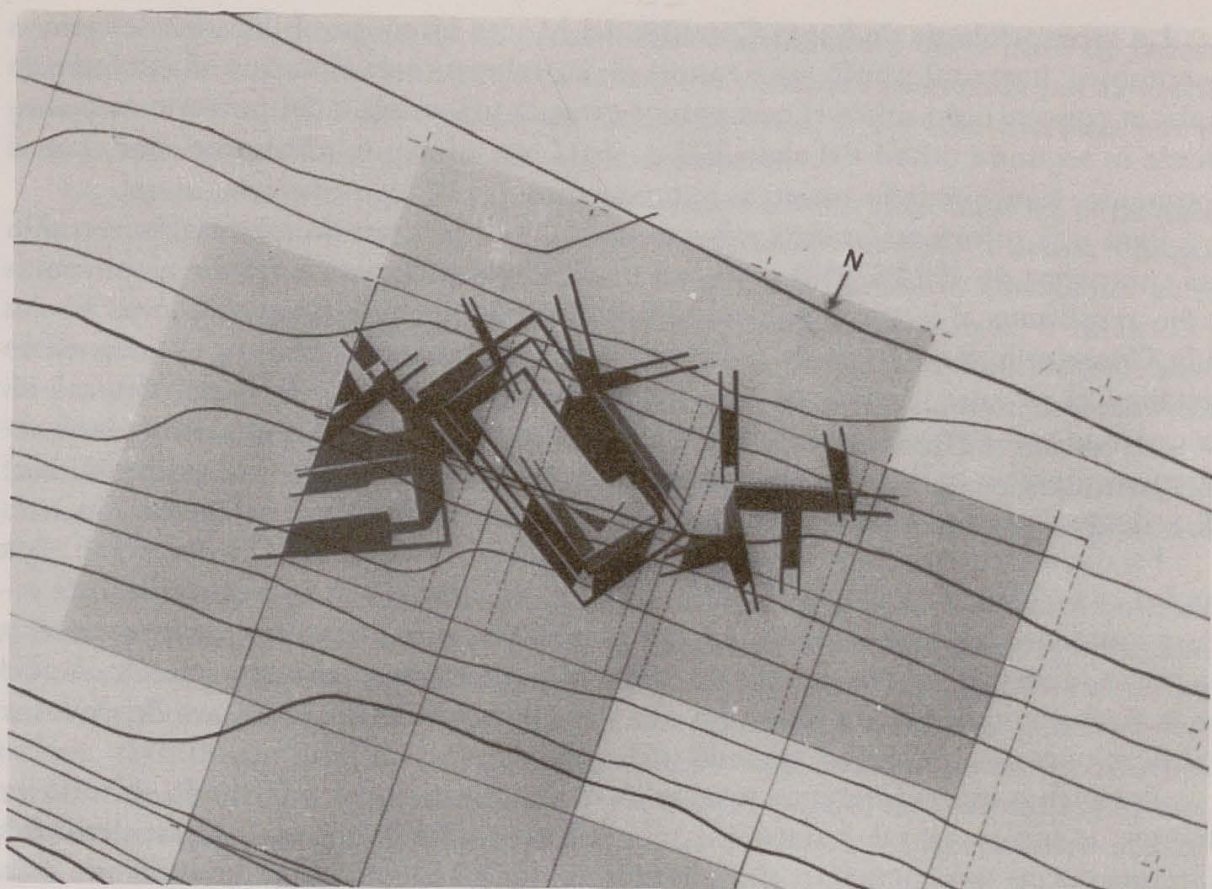
Poyato Holgado, M. C.: «Sector D: Cerro de Santa Catalina del Monte, Verdolay (Murcia)». Ampurias, 38-40, págs. 531 y ss. Barcelona, 1976-78.

Milagrosa Ros Sala, M.: «Informe de los trabajos de excavación correspondientes a la campaña de 1985, en el poblado de Santa Catalina del Monte, Verdolay, Murcia». Servicio de Patrimonio de la Consejería de Cultura, Murcia, 1985 (en prensa).

(6) Fernández de Avilés, A.: «Materiales de arqueología murciana. Dos fragmentos interesantes de cerámica incisa procedentes de Murcia». Tirada aparte del Boletín del Museo Provincial de Bellas Artes. Murcia, 1935.

(7) González Simancas, M.: *Catálogo monumental de España: Provincia de Murcia*. Manuscrito del Instituto Diego Velázquez, 1905-1907, págs. 185 y ss.





LÁM. I.—Fases constructivas diferenciadas en la ladera Norte del poblado de Santa Catalina del Monte, Verdolay (Murcia)

demostrado, durante las últimas excavaciones, como actividad desarrollada en el poblado. Por otro lado, el manantial situado al Noroeste del poblado, cuyo cauce formó la rambla de acusadas pendientes que delimitan el poblado por el Norte, debió proporcionar agua en abundancia a su población, pues no en vano continuaba manando hasta hace pocos años, siendo muy apreciada en la zona el «agua de Santa Catalina».

Se presenta por tanto, como un asentamiento cuya ubicación implica el desarrollo primordial de una economía primaria basada en recursos agrícolas y ganaderos, a la vez que permite la explotación secundaria de materias primas del entorno inmediato como son los minerales de cobre y hierro, sílex, madera, etc.; tratándose de un poblado situado en lugar preferencial del eje Segura-Guadalentín, no podemos obviar la importancia que el factor comercio tuvo como actividad económica, tanto en una corriente local con los poblados del área territorial próxima (8), como con otro más alejados, ya fuera por vía directa ya por intermediarios locales del ámbito geográfico más próximo.

(8) M. Ros Sala, M.: «El período del Bronce Final en el conjunto arqueológico de Cobatillas la Vieja (Murcia)». *Anales de Preh. y Arq.* I, pág. 34, Murcia, 1985.



La geomorfología de Santa Catalina del Monte ofrece posibilidades defensivas aceptables, hasta tal punto, que rasgos de su relieve condicionaron el carácter de habitat concentrado sobre el que parece girar la urbanística del poblado al menos desde la segunda mitad del siglo VII a. de C. en adelante, nivel en el que, por el momento, han quedado nuestras excavaciones.

Para una información más exhaustiva sobre el proceso de excavación durante las campañas de 1984 y 1985, a cuyos resultados nos vamos a referir a continuación, remitimos al lector al Informe Preliminar de los trabajos remitido en su día a la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma de Murcia (9), donde se detallan el sistema planimétrico primario empleado sobre la base del sistema de coordenadas cartesianas propuesto por Laplace (10), así como el esquema planimétrico secundario aplicado a los elementos y módulos de cada cuadrícula-unidad, el proceso de sedimentación de los niveles estratigráficos y su interpretación, etc.

En dichos trabajos, que se concentraron en los Cortes C, D, E, y dentro de ellos en las cuadrículas C3', C2', D3', D2' y E3', el desarrollo estratigráfico siempre estuvo condicionado por la situación a media ladera y en desmonte de los cortes, y la imposibilidad, al menos por el momento, de que nuevas cuadrículas puedan abrirse más arriba ya que toda la zona alta está ocupada por las instalaciones de diversas edificaciones de propiedad privada.

Por otra parte, en estas campañas de excavación, no se ha llegado, ni mucho menos, al suelo natural, puesto que sólo se han realizado dos en las que, desde las circunstancias que incurrían en estos solares, los trabajos se han desarrollado más en extensión que en profundidad, de forma que se pudiera delimitar el área que ocupan los restos arqueológicos y el alcance de los mismos. Es decir, que disponemos de una estratigrafía vertical incompleta cuya interpretación hemos de hacerla, por el momento, con un carácter provisional y siguiendo la progresión de arriba a abajo de niveles y estratos, conforme al orden de su comprobación, estudio y levantamiento.

Todas las cuadrículas presentan un nivel superficial formado por una o más capas de revuelto, de espesor variable, que en la parte aterrizada están horizontalizadas y ofrecen una potencia menor, mientras que en la parte de desmonte el buzamiento, con una dirección Sur a Norte, llega a los 44°. La naturaleza de estas bolsadas que forman el nivel superficial, con materiales que van desde un Bronce Medio hasta los momentos actuales, indican que proceden de los desmontes realizados al construir las edificaciones situadas en la parte superior de los solares en cuestión. Posteriormente, y a juzgar por las huellas de las uñas de una pala excavadora, halladas en los niveles I de todas las cuadrículas 2', parece que se aterrizó toda esta ladera, momento en que se produjo la deposición de nuevas capas de tierra revuelta.

Bajo estas capas de revuelto artificial que en algunos puntos alcanza una fuerte potencia, los restantes niveles corresponden a depósitos arqueológicos cuya mejor

(9) Op. cit., nota 5.

(10) Laplace, G.: «Applications des coordonnées cartésiennes a la fouille d'un gisement». Bull. de la Soc. Préhistorique Française, 51, págs. 58-66, París, 1954.



conservación sólo depende de su proximidad o alejamiento de la línea de ladera que ha venido sufriendo los efectos de la erosión climática favorecida por la fuerte pendiente que aquélla ofrece y, en un último proceso, se ha visto afectada por el aterrazamiento artificial practicado en la misma.

La deposición estratigráfica que presentan los niveles excavados ha permitido diferenciar, por el momento, una serie de fases constructivas que, de arriba a abajo, se inician con las ibero-romana y medieval. La primera de ellas la forman los estratos del nivel I de las cuadrículas D3' y E3' junto con la estructura n.º 1 de la C3'; dicho nivel se presenta ya asociado a los primeros restos de construcciones in situ, de datación muy imprecisa por el momento, ya que en la zona donde se conservan vestigios de esta primera fase constructiva, aquellos están prácticamente en superficie. No obstante, un estudio preliminar del material cerámico proporcionado, indica que esta fase pudo remontarse a un momento inmediatamente posterior al siglo III a. de C.

En cambio, en la CE' el nivel I está constituido por las dos últimas fases de relleno de una gran fosa que se inicia en época medieval y cuyos estratos de formación contienen materiales enormemente variados cultural y cronológicamente. La naturaleza de estos estratos, formados por una alternancia de capas de limos y chinarras, claramente originados en períodos de lluvia y, por tanto, con un evidente carácter de abandono, con otras de adobes disueltos, y otras más formadas por piedras de tamaño grande y mediano con tierra suelta entre sus intersticios, evidencian su origen y el lento proceso de su colmatación.

Ya a una fase Ibérica Antigua pertenece el nivel II, presente en las cuadrículas D3' y E3' y mínimamente existente, a la vez que no excavado, en la C3'; está formado por una gran capa de adobes rojizos caídos, interrumpida en último momento y en la E3' por el nivel asociado al muro 2 de la misma; en una fase anterior, al iniciarse este nivel II, se construye la estructura o muro 3 de la cuadrícula E3' y el muro o estructura 3 de la CE' a la que queda asociada su nivel V y el pavimento IIe de la contigua D3'. A juzgar por el material, este segundo momento parece remontarse a fines del s. VI a. C. ó inicios del V. a. de C. y toda la primera mitad de éste, por lo que pensamos que no andamos descaminados en esa apreciación de que las construcciones a las que se corresponden los muros 1 de las cuadrículas C3' y D3', son de un momento posterior al siglo III a. de C. ya que el muro 2 de la C3', que queda embutido en el módulo  $\beta$   $\gamma$  1 y del que sólo sabemos que está situado en una posición estratigráfica localizada entre el nivel I y II de la cuadrícula D3' por una parte y, de otra, entre los niveles II/III y IV (este último, formado por una gruesa capa de adobe disuelto y bolsadas de arenilla que indican su origen en una fase de abandono del habitat en esta zona, apoya directamente sobre el nivel V de la misma cuadrícula) de la C3', con lo que muy probablemente su construcción se produzca en un momento indeterminado entre fines del siglo V y todo el IV a. de C.

La deposición anterior corresponde a la fase Ibérica Inicial o Hierro Antiguo II, que constituye el motivo central de este trabajo. Cronológicamente abarcaría toda la primera mitad del siglo VI a. de C. y aparece representada en los niveles



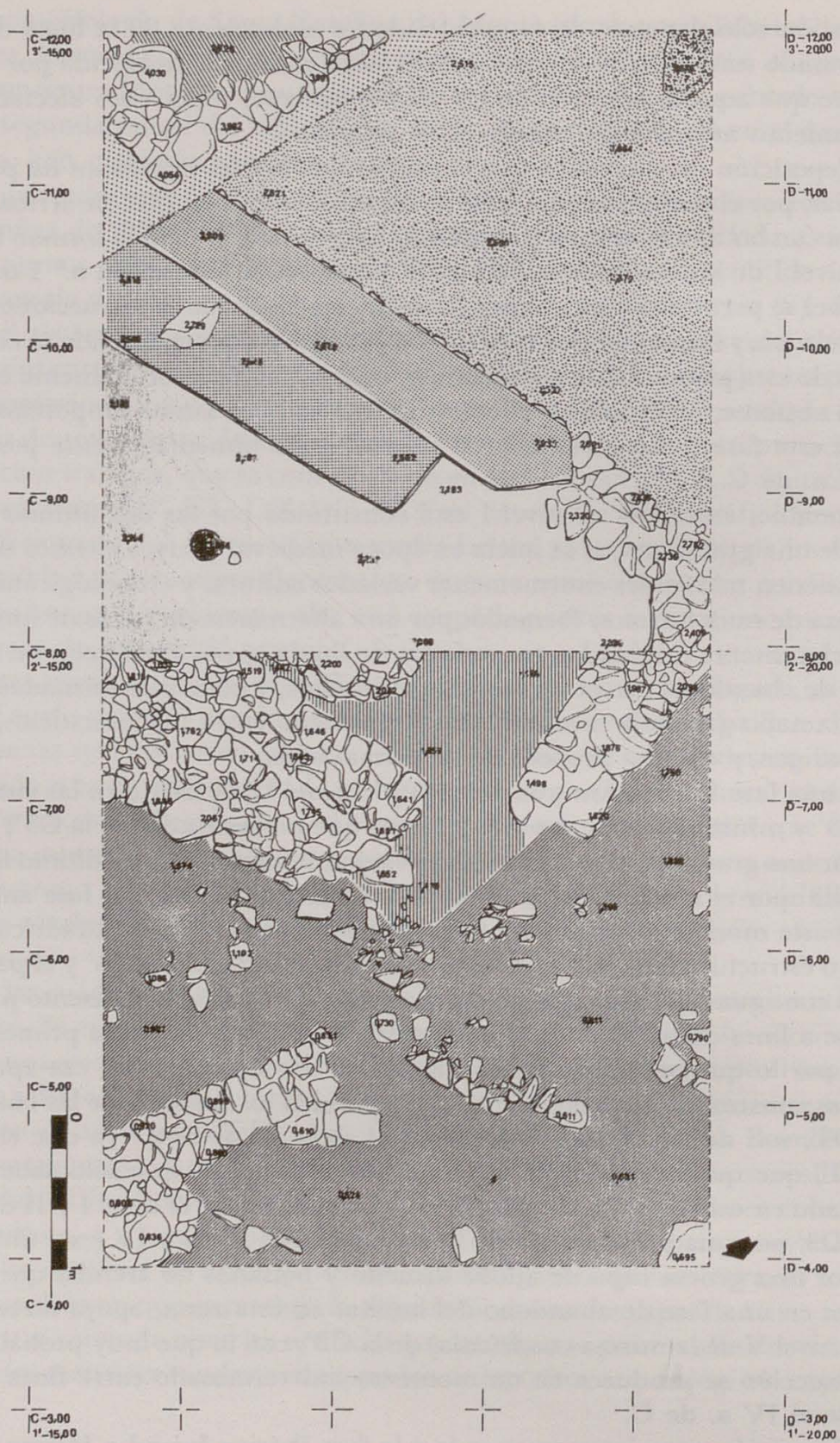


FIG. 1.—Nivel III. Cuadrícula D3'. Nivel II. Cuadrícula D2'.







VI de la cuadrícula C3' y uno de la C2', en el III de la D3' y en el IV de la E3'. De estas estructuras, las tres primeras forman parte de una casa que ofrece características y elementos constructivos similares a los que aparecen en la fase IV del cercano poblado de El Castellar de Librilla y más concretamente a los vistos en la casa BG de dicho poblado, aunque, evidentemente, presenta variaciones en la técnica de construcción que sólo obedecen a las peculiaridades topográficas de Santa Catalina del Monte, lo que, como veremos a lo largo de estas líneas será una constante de la urbanística del poblado.

Delimitan una planta rectangular de 7,40 × 3,90 metros, orientada al Suroeste, es decir al interior de la ladera, aunque su eje máximo presenta en su orientación una dirección Sureste-Noroeste, adaptándose con ello, al desarrollo topográfico del área del poblado en la que se ubica. Sus paredes, de 0,50 metros de ancho y formadas por adobes rectangulares, se fundamentan sobre un zócalo de piedras pequeñas, de hasta cuatro hiladas en los lados Sur y Este, que alcanza más de un metro en los lados Norte y Oeste al estar levantadas sus paredes sobre altos muros-forros que además de ganar espacio al desnivel de la ladera, actúan de podio levantando y horizontalizando el nivel de suelo de las viviendas; para ello se reutilizan, como parte de dicha cimentación, los zócalos pétreos de las casas de fases anteriores.

En la pared Suroeste, es decir en la que queda al interior de la línea de ladera, se abre un vano de entrada que daba acceso a la vivienda, formado por dos estrechos escalones, de una hilada de piedras pequeñas cada uno, y enlucidos con un revoque amarillo similar al que se utiliza como soporte del enlucido rojizo que cubre las paredes interiores de dicha vivienda. A ellas se adosa un banco también de adobe, de 0,50 m. de ancho y recubierto con el mismo tipo de enlucido que revocaba las paredes. El suelo está formado por una gruesa capa amarilla de margas y yesos que le confieren una fuerte consistencia.

Además de la constatación de una situación más baja, con respecto al nivel de calle, de los pavimentos de estas casas, tal y como se desprende de la existencia de los escalones de la entrada, otra característica de la técnica constructiva de este período es la solución de los ángulos interiores de las viviendas que se rematan curvándolos mediante un considerable engrosamiento del revoque.

Las casas se adosan por sus lados menores de manera que las paredes exteriores conforman, en su continuidad, una línea en zig-zag al sobresalir una casa con respecto a la contigua adosada. No obstante, el ordenamiento urbanístico parece que siempre estuvo marcado en este poblado por el escaso espacio disponible que implica su topografía. Si atendemos a las fotografías anteriores al año 1935 que publica Fernández Avilés (11), la única zona que debió permitir una cierta planificación fue la meseta que existió, a media ladera, en la vertiente occidental del poblado ahora ocupada por chalets de reciente edificación y cuya comprobación estratigráfica es, por el momento, difícil. El resto del yacimiento, por sus características geomorfológicas que provocan acusadas pendientes en sus laderas, no ofrecería más

(11) Fernández Avilés, A.: Op. cit., nota 6.



posibilidades que las de un ordenamiento natural del poblamiento que, en ocasiones, se modificó mediante la construcción de plataformas artificiales que supusieron la ampliación del espacio habitable.

Parece claro, por tanto, que los elementos constructivos que caracterizan la fase Ibérica Inicial de Santa Catalina son los mismos que vemos en la fase IV del Castellar de Librilla, con la sólo excepción de las dos peculiaridades que en la técnica constructiva presenta el primero. Estas son, en primer lugar, el levantamiento de muros terraza en las vertientes Norte y Oeste de las construcciones, de forma que la cimentación se inicia en estos lados un metro más abajo del nivel de pavimento, sirviendo así de podio sobre el que se levanta un lado de la casa; en segundo lugar, su condición de muros-forro al aprovechar construcciones anteriores, adosándose a ellas y formando así una especie de doble cimiento que, en realidad, se forma con el muro de una casa de fase cronológica anterior y un nuevo muro que se adosa a aquél forrándolo. Ambas soluciones han de ser consideradas como propias de las ocupaciones del siglo VI a. de C. en poblados cuyo patrón de asentamiento, concentrado, ofrece las características topográficas vistas para el de Santa Catalina, pero que en el resto de los elementos constructivos, no condicionados por el subsuelo, coincide con los que aparecen como propios de poblados con un patrón de asentamiento disperso o nuclear en períodos cronológicos contemporáneos como es el caso de la fase IV en el Castellar de Librilla.

Una nueva relación entre Librilla IV y esta fase de Santa Catalina viene marcada por la actividad metalúrgica manifestada en el nivel IV de la cuadrícula E3', de este último yacimiento. En dicho nivel, contemporáneo al III de la D3' al que se asocia la gran casa rectangular que acabamos de analizar, sus extractos c, d, e y f corresponden a las sucesivas capas de limpieza de un horno metalúrgico de cuya estructura conocemos una mínima parte al aparecer en el ángulo formado por los perfiles  $\alpha$   $\gamma$  1 y  $\gamma$  de esta cuadrícula y no haber sido, de momento, ampliada. La relación que este horno supone con el de la fase IV de Librilla, confirma la importancia que debió tener la metalurgia del hierro, o del cobre-bronce (las escorias halladas en Santa Catalina se hallan en fase de análisis por lo que desconocemos por el momento si en el horno se trabajó el cobre o, por el contrario, algún mineral de hierro asociado, como ocurre en el horno E de Librilla), en esta área del Sureste peninsular durante el Hierro Antiguo, como actividad económica propiciadora del fuerte desarrollo socio-económico que reflejan los tipos y elementos constructivos de las viviendas correspondientes a este horizonte cultural.

El resto de los poblados del ámbito territorial próximo, con ocupaciones contemporáneas a estas fases de Santa Catalina y El Castellar, no aportan otros datos arqueológicos que supongan una ampliación a los ya vistos en éstos. Por una parte, en el caso de los Saladares de Orihuela, las construcciones IV y VI y la reedificación V de la primera estructura mencionada, asociadas todas ellas a la contemporánea fase II u Horizonte Ibérico Antiguo de la seriación de dicho yacimiento (12),

(12) Arteaga, O. y Serna, M. R.: «Los Saladares-71». N.A.H. Arq. 3, págs. 28 y ss., y 70 y ss. Madrid, 1975.



son restos de escasa entidad en cuanto al tamaño conservado, en los que sólo se pueden reconocer zócalos de piedra pequeña y el dato de que las paredes estuvieron enlucidas con revoques de diferentes tonalidades. De otra, el problema de abordar el análisis comparativo del urbanismo de estas fases con la Peña Negra de Crevillente en su Horizonte II, es la falta de adscripción concreta de algunas de sus estructuras a períodos constructivos determinados, y cuando esta circunstancia sí se da, como en el caso del Sector VII donde se han identificado dos fases de habitación denominadas PN IIA y PN IIB (13), éstas no guardan relación alguna con los modos constructivos que, a nivel doméstico, se dan en la fase que nos ocupa de Santa Catalina o El Castellar.

Por tanto, en la actualidad y en lo que se refiere al tratamiento urbanístico durante el siglo VI a. de C. sólo contamos, en la zona que nos ocupa, con los ejemplos de Santa Catalina, el Castellar, y los datos que ofrecen los Saladares y la Peña Negra. En los dos primeros, la mayor parte de los elementos constructivos vistos ya habían aparecido de forma más o menos esporádica en las edificaciones de las fases anteriores, como es el caso de la técnica empleada a base de zócalos de piedra y alzados de adobe, los bancos adosados o la costumbre de enlucir periódicamente las paredes, los hogares cuadrangulares, etc. Pero el tratamiento de conjunto de todos estos elementos varía de las soluciones dadas en períodos más antiguos indicando un cambio en los modos de vida, como nos están reflejando la determinada decoración de las paredes de las casas con motivos geométricos policromos que aparecen en la casa BG de El Castellar de Librilla o los bancos corridos a lo largo de gran parte de los muros de las casas, como ocurre también en esta misma vivienda, o en la que hemos analizado de Santa Catalina, e incluso la diferente concepción del espacio habitable al alargar y estrechar las plantas de las casas como ocurre en este período en ambos yacimientos, en el primero de los cuales también parece atestiguar-se la división y diferenciación del espacio interno de la casa en la forma que lo vemos en una de las viviendas del Sector II de la Peña Negra de Crevillente, Horizonte II (14), y que recuerda concepciones constructivas de otros ámbitos peninsulares.

Efectivamente, este nuevo enfoque del modo de vida, que, en conjunto, parece reflejar la fase Ibérica Inicial de Santa Catalina y la IV de El Castellar de Librilla, lo vemos prácticamente generalizado entre las comunidades de los Campos de Urnas Recientes del Valle del Ebro, Cataluña y, en cierta forma, Levante; en ellas, salvo excepciones locales, más frecuentes en el área alavesa, vemos repetirse el esquema indoeuropeo de plantas rectangulares, zócalos pétreos, alzados de tapial y adobe, bancos corridos, paredes enlucidas y decoradas con motivos pintados, etc. (15), cuyo análisis comparativo individualizado hemos abordado en otro trabajo.

(13) González Prat, A.: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Anejo I de Lucentum, págs. 140 y ss. Alicante, 1983.

(14) González Prat, A.: *Op. cit.*, nota 13, pág. 142, fig. 26,1.

(15) Vid. para una detenida comparación, Ruiz Zapatero, G.: *Los campos de urnas del Noreste de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense. Madrid, 1985, especialmente págs. 119 y ss.; 219 y ss.; 270 y ss.; 351 y ss.; 471 y ss.; 614 y ss.; 708 y ss.



En una sedimentación anterior, la fase Preibérica o Hierro Antiguo I, constituida por los niveles VII de la cuadrícula C3', II y muro 1 de la C2', III (estratos e-h) y V de la D3', II de la D2' y VI de la E3', parece responder a una segunda mitad del siglo VII a. de C. El tipo de construcción asociado a este nivel, responde a muros con cimentación pobre, de piedra menuda, y alzado de adobes.

En la D3' las construcciones de esta fase están cortadas y reutilizadas por el muro 2 perteneciente a la casa del nivel III b y c, mientras que en la D2' el ángulo Noroeste de aquella construcción queda directamente por debajo del pavimento de la mencionada casa posterior, formando el nivel II a.

Finalmente, una nueva y anterior fase, poco documentada por el momento, pero que podría formar ya parte de un último período del Bronce Final Reciente, lo constituyen el nivel III b y c de la cuadrícula D2', así como el VII a y b de la E3' y, por último, el III de la C2'.



